



Cautivo, 1991
Impresión corporal y collage
45 x 60 cm

Comunicación, internet y democracia

♦ Juan Cristóbal Cruz Revueltas

A pesar del fragor y la violencia que nos rodean, por ciertos de sus aspectos cabe entender la historia humana desde un punto de vista ilustrado y kantiano (*pace* el posmodernismo); es decir, como la vía *posible* y progresiva de un desarrollo social orientado por el principio de autonomía. Un proceso en el que los individuos, sujetos, agentes o ciudadanos son cada vez más capaces de actuar con mayores grados de autonomía. Este avance histórico tiene como condición necesaria no solo el desarrollo del conocimiento sino también sus modos de comunicación y de transmisión. Es comprensible entonces que una larga tradición intelectual que para pensar la sociedad pone hincapié en la cooperación (antes que en el conflicto), desde Aristóteles a Karl Deutsch y Jürgen Habermas, asocie estrechamente la política (como ejercicio de la autonomía) a la comunicación. Y basta recorrer, aunque sea brevemente, la historia de las diferentes formas de la autonomía para constatar que ella va a la par con la historia de las técnicas y soportes de la comunicación.

El origen mismo de la civilización hace más de cinco mil años se asocia con la invención de la escritura. El “milagro griego”, y en particular la democracia griega, no se entienden sin la creación y existencia de espacios urbanos que hacen

posible la comunicación y el intercambio de ideas entre iguales. Se trata de lugares en donde los ciudadanos atenienses, los miembros de la *polis*, pueden ejercer el derecho de igualdad de palabra (*isegoría*) y hablar franca y libremente (*parresía*). Son espacios como el *ágora*, en donde se debaten los asuntos políticos; la *estoa*, que no es otra cosa sino el pórtico donde se reúnen los pensadores estoicos; o de igual manera, el jardín de Epicuro, que es un lugar destinado específicamente al intercambio de ideas.

Según sugiere Karl Popper, en buena medida el llamado milagro griego debió ser posible por la disposición de Pisístrato de copiar muchas veces la obra de Homero, lo que tuvo como resultado la aparición del mercado del libro.¹ Más tarde, la democracia moderna no será posible sin la invención de la imprenta, cuyo material es más accesible, puesto que es reproducible, y más apto para la difusión de la información y el conocimiento que los antiguos pergaminos y los códices medievales. Por lo demás, desde el surgimiento de la escritura manuscrita hasta el texto impreso y digital, la historia de la comunicación es también la historia de los soportes materiales que dan certeza y transparencia a la ley. A fin de cuentas, la democracia, sea esta la griega o la moderna, no es concebible sin



¹ Karl Popper, *En busca de un mundo mejor*, Paidós, Barcelona, 1992, p. 136.

♦ Profesor e investigador, Facultad de Humanidades, UAEM



formas extensivas de difusión de la información y formas incluyentes de la comunicación.

Internet y modernización de la comunicación

A diferencia del mundo antiguo, a partir de la industrialización la historia humana se caracteriza por una constante aceleración de las innovaciones científicas, técnicas y sociales, razón por la cual, de Karl Marx a Martin Heidegger y Jürgen Habermas, una de las preguntas recurrentes y centrales de los pensadores del mundo moderno consiste en evaluar el impacto social y político de las transformaciones tecnológicas. La aparición del soporte digital no es sino el último episodio revolucionario de esta cada vez más acelerada historia de la comunicación.

Si se ve la historia de la comunicación a grandes rasgos, se puede afirmar que la escritura permitió a la humanidad conservar la información (memoria de sucesos, visión del mundo, conocimientos, leyes, datos); en tanto que la imprenta facilitó la difusión de la información, y finalmente, en nuestros días, la informática en general e internet en particular permiten compartir la información por la interconexión y la interactividad que la caracterizan, desde cualquier lugar y a cualquier hora. Dadas estas características, internet ha despertado grandes expectativas por las implicaciones que puede tener para la democracia.² Si bien esto es cierto, cabe pensar, como veremos a continuación, que no se les ha situado cabalmente.

Internet y la sociedad moderna

A nuestro parecer, no se ha entendido adecuadamente su importancia porque no se ha considerado al internet a partir de las características propias de la sociedad moderna y democrática. De aquí que valga la pena evaluar su impacto e importancia por la manera en que robustecen algunos de los factores que han favorecido el advenimiento de las sociedades democráticas.

A este respecto y siguiendo a uno de los fundadores de la sociología moderna, Georg Simmel,³ uno de los aspectos más importantes en la transformación de las sociedades tradicionales en sociedades modernas es el paso de sociedades dominadas por relaciones personales, “cara a cara”, propias del mundo premoderno, a una nueva forma de sociedad caracterizada por relaciones de tipo impersonal y abstracto.

A primera vista, y puesto que toma en cuenta al conjunto de la persona, la relación “cara a cara” se antoja más cálida y humana que aquella que favorece el mundo burocrático, mecanizado, desencantado y frío de la sociedad moderna. No es extraño que esta imagen del mundo moderno como “una jaula de hierro” sirva frecuentemente (de Swift a Kafka y Weber, o a Chaplin, pasando por el romanticismo alemán) como reproche y lugar común a sus críticos.⁴

Ahora bien, al contrario de lo que pretende la crítica antimoderna, el anonimato y la imper-

² Sobre este punto, véase Juan Cristóbal Cruz Revueltas, “www.democracia.com”, *Metapolítica*, núm. 63, enero-febrero de 2009, pp. 28-32.

³ Georg Simmel, *Philosophie des Geldes*, Duncker & Humblot Verlag, Berlín, 1900.

⁴ Véase, por ejemplo, Alasdair MacIntyre, *After Virtue*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, 1981.

sonalidad son ventajas nada despreciables para la emancipación de los individuos. Si en la sociedad tradicional se toma en cuenta el conjunto de la persona es porque las vestimentas (el pantalón, el velo, la *burka*) al igual que el genotipo y el género (hombre/mujer), son características que sirven ante todo para diferenciar, discriminar y excluir. En efecto ellas, más que revelar la individualidad o “la autenticidad” de la persona, en realidad sirven para indicar en la relación “cara a cara” el lugar de cada uno en el interior de la jerarquía social y su pertenencia a un grupo social definido y frecuentemente determinado desde el nacimiento y para el resto de la vida. De aquí que si Georg Simmel se interesa por el papel del dinero y por su amplia difusión desde los inicios del mundo moderno, se debe al hecho de que, por su naturaleza de medio abstracto de intercambio (no importa el quién de la relación sino la simple calidad recíproca de la relación), crea un ámbito de vida y de riqueza que permite escapar de las relaciones altamente personalizadas, como aquellas que prevalecían entre el esclavo y su amo, el siervo y su señor, el noble y el clero frente al conjunto de quienes no lo son (el llamado Tercer Estado), e incluso entre el varón y la mujer en nuestros días. En cambio, con el desarrollo de la sociedad moderna, en las calles de Londres, en los trenes de Estados Unidos y en los cafés parisinos se difunde una suerte de derecho al

anonimato y la indiferencia, el derecho a estar solo y en silencio en medio de la multitud.⁵

En un texto más reciente, Charles Taylor vuelve a este aspecto de la modernidad (aunque, curiosamente, no menciona en ningún momento a Simmel) para defender la naturaleza horizontal de la sociedad moderna frente al carácter vertical y jerarquizado de la sociedad premoderna.⁶ El filósofo canadiense subraya que, a diferencia de la sociedad del antiguo régimen, la nuestra, al menos normativamente o en el imaginario político, es una sociedad de “acceso generalizado”. Es decir, cada uno de los miembros de la sociedad tiene, o al menos pretende tener, una relación horizontal, directa y equidistante con el centro de la vida social y política (de manera consecuente con esta lógica, en el diseño urbano de una ciudad como Washington, en Estados Unidos, la misma noción de centro desaparece, por poco “republicana”, a favor de una ciudad multicéntrica).⁷ Este principio, que podríamos llamar de “los ciudadanos de la mesa redonda”, lleva a que en Occidente, progresivamente, se relacione cada vez más el término “sociedad” con la idea de conversación: pertenecer a una sociedad es participar en una conversación común en torno a “nuestros” problemas comunes. Se trata de una conversación cada vez más incluyente y que, en última instancia, pretende llevar a un mundo de iguales en que todos y cada uno de nosotros tene-

⁵ Richard Sennet, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, p. 366.

⁶ Charles Taylor, *Imaginario social moderno*, Paidós (Básica 125), Barcelona, 2006.

⁷ Richard Sennet, *Carne y piedra...*, *op. cit.*, p. 286.



mos el derecho de hacernos escuchar y participar en la conversación.⁸

Por otra parte, desde la antigua Grecia el concepto de esfera pública refiere a un espacio distinto a los de la familia y el Estado en sentido estricto. Pero con la modernidad la esfera pública se convierte ante todo en “un espacio metatópico”. Taylor la denomina así porque la esfera pública moderna trasciende los lugares específicos (sea el de la iglesia o el de una asamblea) y porque ella vincula en un “espacio común” a personas que no se conocen entre sí y a las que nada llevaría a entrar en contacto salvo la contingente relación cívica. La esfera pública viene así a cumplir con dos funciones: en primer lugar, es la expresión de los ciudadanos; en segundo y por consecuencia, refleja en una forma indirecta (no jurídicamente) la soberanía. Siendo así, los gobernantes están obligados moralmente a no ignorarla y están sujetos al “principio de supervisión” de sus acciones por parte de los ciudadanos: “con la esfera pública moderna —apunta Taylor— llega la idea de que el poder debe estar supervisado y controlado por algo externo a él”.⁹

A lo anterior se puede agregar otra característica más de la esfera pública democrática: ella tiene la virtud de producir conocimiento gracias al debate público que se da en el seno de la sociedad civil. En efecto, si la agenda pública no se encuentra desvirtuada, el debate público tiene como objeto

elucidar los asuntos que interesan a todos y que impactan en la vida en común. Esto explica que algunos autores —pensamos más en John Dewey y en Hilary Putnam que en Carlos Nino— consideran que la democracia no solo se justifica por motivos políticos y morales, sino también por razones de índole epistemológica, ya que la democracia, más que un régimen político, es la forma de vida social más apta “a la aplicación plena de la inteligencia a la solución de los problemas sociales”.¹⁰ Que la libertad de pensamiento y expresión sean fundamentales para la democracia se debe a las mismas razones que hacen posible la ciencia, a saber: la necesidad de contar con “el flujo sin impedimentos de información y la libertad de presentar y criticar hipótesis”.¹¹ Propiciar estos flujos de información y de comunicación entre Estado y sociedad es, como sostiene el filósofo alemán Jürgen Habermas,¹² imprescindible para la constitución del espacio público de una democracia moderna. También, podemos agregar, lo es para la rendición de cuentas por parte de las autoridades y para el desarrollo social del conocimiento.

Visto así, la sociedad moderna y cabalmente democrática, no solo por su “proyecto filosófico” sino también por los aspectos sociológicos arriba señalados, es una sociedad que favorece la comunicación.¹³ Esta lectura, valga señalarlo rápidamente, va a contracorriente de la mayoría de

⁸ Charles Taylor, *Imagarios...*, op. cit., pp. 63-64.

⁹ *Ibid.*, p. 113.

¹⁰ Hilary Putnam, *Cómo renovar la filosofía*, Cátedra, Madrid, 2002, p. 247.

¹¹ *Ibid.*, p. 257.

¹² Jürgen Habermas, *Droit et démocratie. Entre faits et normes*, Gallimard, París, p. 387.

¹³ Véase, al respecto, Alain Renaut, “Le sujet de la communication”, *Réseaux*, núms. 46-47, vol. 9, 1991, pp. 91.

las interpretaciones de la modernidad realizadas usualmente desde la filosofía política, que caracterizan a la sociedad moderna como un tipo de sociedad que favorece “la ruptura de comunicación”. Así, por ejemplo, la visión tocquevilleana ve en el individualismo y en el igualitarismo democrático una tendencia a la atomización social que lleva a los individuos al aislamiento y a refugiarse en “la soledad de su propio corazón”.

Al contrario de lo que supone esta visión, en realidad el espacio público de la democracia moderna se presenta como la vía para sustituir la comunicación autoritaria de las sociedades tradicionales, por los acuerdos, aunque sean mínimos, en torno a argumentos que puedan crear un vínculo común entre iguales. Con la aparición de la modernidad y la consiguiente disolución de los vínculos tradicionales fue necesario hacer valer en el espacio público la comunicación racional (a manera de criterio compartido) como el medio para rehacer, en virtud de su fuerza de adhesión, los vínculos entre los individuos (aunque, más allá de los acuerdos argumentativos, también se podría agregar la experiencia compartida que ofrecen algunas formas de arte y de cultura no dogmáticas).

En efecto, la calidad de la comunicación y el libre flujo de información y de comunicación entre Estado y sociedad son imprescindibles para la constitución del espacio público de una democracia moderna, para la rendición de cuentas por parte de las autoridades y, en un sentido más general, para el bienestar de los individuos.¹⁴

Ahora bien, en una sociedad compleja como la nuestra, las condiciones mínimas para una comunicación de “calidad democrática” no serían posibles sin un soporte tecnológico adecuado.

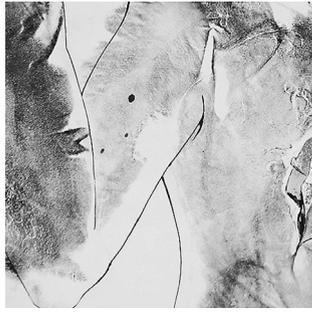
Internet, información y opinión pública

Si se concede lo que se ha sostenido en los párrafos precedentes, se puede constatar que internet se presenta como un medio de comunicación con un enorme potencial para amplificar cada una de las características señaladas de la sociedad moderna y democrática. En efecto, en lo que se refiere a la *naturaleza abstracta e impersonal* que sustituyó la relación “cara a cara” de la sociedad tradicional, hoy en día, gracias a internet, esta se convierte en una relación francamente virtual que favorece la igualdad de trato en *el acceso generalizado y metatópico* a la información pública.

Un ejemplo nos lo ofrece en México el caso de las solicitudes de información al Instituto Federal de Acceso a la Información (IFAI) en el que los individuos pueden solicitar la información por vía electrónica sin necesidad de justificar un interés jurídico y sin requerir de ningún tipo de contacto físico o visual con los funcionarios encargados. Se evita, por consiguiente, todo juego de empatías y antipatías que pudieran ser pretexto para facilitar la corrupción (“entre amigos”) o favorecer la obstrucción de los flujos de información por motivos (discriminatorios) personales.

Por otra parte, el desarrollo de la cultura, en particular de la complejidad simbólica y tecnológi-

¹⁴ Jürgen Habermas, *Droit et démocratie...*, op. cit.



ca, depende de condiciones tales como la densidad demográfica de la población implicada, el grado de cooperación de los individuos más allá de su círculo familiar y la rapidez de los intercambios de información.¹⁵ La transmisión de información digital a través de la red permite incrementar cada una de estas condiciones. De esta forma, se borran las fronteras y se tiene acceso a la información producida en “la aldea global” y “en tiempo real”.

Uno de los efectos de esta transformación es que, de ahora en adelante, la opinión pública que juzga los actos gubernamentales no se limita a aquella de la localidad o de la nación, sino que se va conformando una primera semilla de opinión pública mundial. A diferencia de lo que sucedió con hambrunas, genocidios o crímenes en masa durante el siglo XX, hoy en día es más difícil esconder a la opinión pública mundial hechos tan catastróficos, aunque algunos países intentan impedirlo activamente (así, la República Popular de China busca que algunos sitios de internet chinos no se puedan consultar fuera de su territorio).¹⁶ Esta nueva disponibilidad de la información no solo hace posible sino que quizá culmina la idea, señalada por Charles Taylor, de “acceso generalizado” a los temas que interesan a todos. Valga insistir: no solo permite una mayor comunicación entre personas que no se conocen físicamente y cuyas redes sociales difi-

cilmente interactúan en otras circunstancias, sino que esta igualdad en la accesibilidad a los asuntos públicos permite una mejor supervisión de los actos de la autoridad y un mejor conocimiento de la sociedad y del ejercicio de las políticas públicas.¹⁷

Que lemas como “la sociedad de la información” o “la sociedad del conocimiento” acompañaran la revolución de las nuevas tecnologías de la información y comunicación (TIC) no es entonces una sorpresa, menos cuando también es una transformación real en el ámbito gubernamental. En efecto, hoy en día la información ya no se encuentra segmentada y aislada en los diferentes laberintos de cada sector administrativo, sino que circula de manera abierta y dinámica.

Gracias a la red y los flujos de información, esta se difunde cada vez menos en sentido vertical y cada vez más de manera horizontal, y en ambos sentidos, entre la administración y los usuarios (no extraña que la noción de gobernanza, entendida como los procesos de coordinación horizontal entre actores estatales y no estatales en vistas a la resolución de problemas sociales, surja en este mismo contexto).¹⁸ Es de notar que si el principal soporte del funcionamiento del acceso a la información de la administración pública ha sido hasta ahora la documentación impresa (en la que se derivaba en última instancia la información solicitada inicial-

¹⁵ Al respecto, véase “Late pleistocene demography and the appearance of moderne human behavior”, *Science*, núm. 5932, vol. 324, pp. 1298-1301, junio de 2009 y Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización*, Pre-Textos, Valencia, 2003.

¹⁶ Véase Bernard Benhamou y Laurent Sorbier, “Souveraineté et réseaux numériques”, *Politique étrangère*, núm. 3, Armand Colin, 2006, p. 526.

¹⁷ Véanse, por ejemplo, las páginas del sitio web MySociety.org, <http://www.mysociety.org/projects/>

¹⁸ Véase Laurie Boussaguet, Sophie Jacquot y Pauline Ravinet (coords.), *Dictionnaire des politiques publiques*, PFNSP, París, 2004, pp. 242-250.

mente por ventanilla, teléfono o correo), hoy en día se busca pasar al gobierno en línea con procesos electrónicos (más ecológicos) que eviten el uso de papel. Dicho de otra forma: la administración electrónica lleva a la “la desmaterialización” de los procedimientos.¹⁹

No está de más observar, aunque sea rápidamente, que internet es un contrapeso a los grandes medios de comunicación que en países como México centralizan o, peor, monopolizan la producción de información, y que frecuentemente no respetan las reglas básicas de la comunicación (al no distinguir entre información y opinión, y a veces incluso al buscar intencionalmente la confusión entre información y simple publicidad).

Internet y los movimientos sociales

El internet incide también en la transformación de la naturaleza de los movimientos sociales. En efecto, hoy en día surgen sitios electrónicos realizados espontáneamente para empoderar a los ciudadanos;²⁰ asimismo, con las nuevas tecnologías nacen nuevas formas de movilización ciudadana organizada de manera horizontal, en todo diferentes a las viejas manifestaciones sociales controladas de manera corporativa o por líderes carismáticos bajo consignas retóricas y demandas difusas. Ahora los actores sociales pueden organizarse en torno a de-

mandas específicas y formas de cooperación llamadas “de baja intensidad”,²¹ que difieren de las establecidas entre individuos previamente vinculados (por su contexto de origen), ya que ponen en relación (como ya se ha indicado) a personas que no necesitan conocerse con anterioridad y que deciden entablar relaciones circunstanciales y puntuales.²²

A este respecto existen numerosos ejemplos. No solo la campaña presidencial de Barack Obama en 2008 se distinguió por el uso de correos y redes sociales de internet; también diferentes movimientos sociales en la primera década del presente siglo surgieron de esta forma: desde las concentraciones luego de los atentados en Madrid el 11 de marzo de 2004, hasta las manifestaciones en Teherán en 2009. Muchos de los diferentes movimientos de protesta en los últimos años (en países tan diversos como Filipinas, Corea del Sur, Colombia y, más recientemente, Irán, Túnez y Egipto) hubieran sido impensables sin las redes sociales conformadas por los sms (mensajes cortos de texto), *blogs*, Twitter, Facebook y Youtube. No extraña que los gobiernos autoritarios de China, Cuba, Irán o Egipto hayan intentado limitarlos y controlarlos, ya que el acceso a la información y su libre circulación por internet serán en los próximos años algunos de los aspectos más sensibles en lo que se refiere al ejercicio de las libertades cívicas.

¹⁹ Laurence Lomme, “L’administration électronique au service des usagers: dématérialisation des procédures”, *Journées trimestrielles des systèmes d’information*, CNRS, SG-BPC, París, junio de 2004.

²⁰ Probablemente uno de los sitios más notables al respecto sea el citado MySociety.org, *loc. cit.*

²¹ Véase Howard Rheingold, *Foules inteligentes: la prochaine révolution sociale*, M21 Editions, París, 2005.

²² Véase Christophe Aguiton y Dominique Cardon, “The strength of weak cooperation: an attempt to understand the meaning of Web 2.0”, *Communications & Strategies*, núm. 65, 2007, pp. 51-65.